

Alexander Dubcek

20 años después o el realismo de los sueños

Claudio Magris

A veces se dificulta entender por qué los novelistas intentan inventar historias y destinos cuando la realidad —las vicisitudes personales de los individuos particulares y aquellas generales del mundo— es mucho más fantástica e imprevisible que la imaginación. Svevo, maestro de literatura, sabía que la vida es verdaderamente original. Recuerdo que el 17 o 18 de agosto de 1968 veía la televisión, que estaba transmitiendo noticias cada vez más alarmantes sobre la situación de Praga y sobre la amenaza de una intervención soviética, junto con un amigo, mucho más competente, más informado y más empeñado que yo en la política, el cual comentaba sarcástico las emisiones televisivas, proclamando la imposibilidad y lo absurdo de una agresión soviética a Praga. Igualmente, y más miope que él, yo —como supongo muchos otros— nunca habría creído, hasta hace poquísimo tiempo, que Dubcek —“un hombre acabado”, según la arrogancia del poder checoslovaco, pero también según la opinión, aunque sea solidaria y compasiva, de Occidente— pudiera jamás regresar a proclamar el socialismo de rostro humano en la plaza Wenceslao. Somos todos ciegos conservadores, persuadidos de que la realidad, así como es y como estamos acostumbrados a vivirla, es inmutable; tal vez por esto no sabemos hacer verdadera y libremente las cuentas con la muerte, y, cuando

nos llega, sólo somos estúpidamente sorprendidos, como los maridos engañados en las comedias. El diablo es conservador, no cree en el futuro, en la esperanza; no logra siquiera imaginar que el viejo Adán pueda transformarse, que la humanidad pueda regenerarse. Esta cínica embotadura conservadora es la causa de tantos males, porque induce a aceptarlos como si fueran inevitables y, por consiguiente, los permite.

Como cada individuo en los momentos significativos de su existencia, el Dubcek que habla en la plaza Wenceslao no sólo es él mismo, sino también es un símbolo. Un símbolo de muchas cosas, más allá de los vertiginosos cambios de la historia, de sus insospechados recursos y energías de libertad. Lo que sucede en estos días, y que Dubcek ejemplifica con particular riqueza, desmiente ante todo el trivial realismo político, el maquiavelismo de baja ralea —indigno del secretario florentino al cual se refiere—, que razona en burdos términos de victoria y de derrota, y que marca la mentalidad preponderante de los políticos, su fácil y necio desprecio por las instancias, las exigencias y los movimientos que, en aquel momento, parecían tener escasa posibilidad de éxito. Debemos aprender a preguntarnos qué significa vencer o perder, con cuáles valores y con cuáles magnitudes se miden los resultados.

¿Dubcek es un perdedor o un vencedor?, ¿quién venció

en el '68, Breznev o Havel? En el '68 venció la represión soviética, y no sólo porque los carros de combate amordazaron la Primavera de Praga. Venció la razón de Estado contra un movimiento libertario que, entonces, parecía y era no sólo militarmente débil, sino también un anticipo sobre los tiempos, y, tal vez por esto, impreparado, en aquella constelación internacional, para tomar las riendas del país y para gobernarlo con eficiencia. Puede ser que en el '68 fuese muy difícil que un sistema socialista democrático sustituyera, en Europa del Este, al socialismo tiránico y trajera al país a la libertad, sin lanzarlo al caos económico.

Dubcek —y los otros que su nombre idealmente recapitula— parecía entonces una especie de caballero del ideal. Recuerdo el sarcasmo casi satisfecho con el que muchos conservadores occidentales, desdeñosos de todo socialismo, aun cuando fuera democrático y humanitario, y más bien temerosos de que un socialismo no tiránico pudiera afirmarse y demostrar su validez, comentaron su caída, cuando las botas del Pacto de Varsovia calcaron, a treinta años de distancia, las huellas de aquellos nazis que habían aplastado la libertad checoslovaca. Dubcek y sus compañeros de lucha parecían unos nobles pero desprevenidos y distraídos quijotes; sus momentáneos vencedores parecían unos villanos, aunque eran expresión de la *realpolitik*, palabra que seduce a todos aquellos que, sólo por ser incapaces de tener algunos ideales, se consideran políticos sagaces y realistas.

Apenas hoy se ve claramente cómo Dubcek, y no Husak, Bilak o Breznev, era el auténtico realista, aquel que no sólo ve la fachada de lo real o el paño que lo recubre, sino aquello que está naciendo y debe todavía nacer; las posibilidades y las exigencias de una realidad diversa, un futuro apenas esbozado y aún no nacido, pero que hace parte integrante del

Claudio Magris. Especialista en literatura austro-húngara. Entre otras obras, ha publicado un libro sobre Joseph Roth, titulado *Lontano da dove*, y su obra *Danubio*, que está traducida al español.

Tomado de *Corriere della Sera*, 26 de noviembre de 1989.

Traducción de Elisabetta Di Castro

mundo, no menos de aquello que se proclama actual, así como quien mañana tendrá veinte años no es menos real de quien los festeja hoy. Contra el peso de las cosas así como son, y que se pretenden eternas e inamovibles, Dubcek afirmaba el deber ser, la exigencia de las cosas así como deberían ser. No era un soñador como se creía; amodorrados en un letargo pesado y roncadador, estaban los otros, los presuntos vencedores. Hoy Dubcek en la plaza Wenceslao debería enseñarnos, de una vez por todas, que la política concreta no es la miope gestión del presente, que inmediatamente pasa a desvanecerse, sino el vidente sueño del futuro.

Dubcek, que ha sido más bien un líder moral que un gran político, es también el símbolo de algo diferente. Este hombre que ha sido degradado, después expulsado del Partido, después reducido a tareas modestísimas y subalternas que se pensaba deberían humillarlo, encarna aquella cualidad humana, aquella dignidad individual y moral de la cual Europa del Este es frecuentemente tan rica, gracias a personas que han luchado, ora por el socialismo, ora contra sus degeneraciones, ora contra el socialismo mismo, tantas veces por la democracia y la libertad, y han mantenido el sentido de los valores y de las cosas últimas y la convicción de que también la militancia política tiene que ver con las cosas últimas. Hasta quien ha hecho, en ciertos momentos, elecciones trágicas e inaceptables —como por ejemplo Kádár, en el '56—, pensando hacer un terrible y necesario sacrificio del presente en nombre de un hipotético futuro mejor, conserva una dignidad y una responsabilidad muy superiores a aquellas de quien, en Occidente, coqueteaba, en los recientes años de plomo, con la lucha armada, sin perjuicio de retirarse a tiempo cuando alguien tomaba seriamente aquellas consignas y se comportaba en consecuencia.

No podemos pararnos en Dubcek ni tampoco en Nagy, sino debemos ir más atrás, a años todavía más oscuros. La más grande tragedia de Europa Oriental se consumó antes: después del '56, y todavía más, en el '68, las violencias totalitarias al menos emergieron abiertamente a la conciencia común, se impusieron a la discusión, mientras que los delitos de régimen, todavía más graves, sucedidos en todo el Este desde el final de la guerra, a la muerte de Stalin, quedaban en silencio, eran tabú, no llegaban ni siquiera al conocimiento de tantas y tantas personas. Si, para dar sólo un ejemplo, escritores como Sartre y Calvino podían respectivamente decir que “el ciudadano soviético dispone de una absoluta libertad de crítica” o conmoverse por las felicitaciones de los campesinos a Stalin por su cumpleaños número 70, se entiende que aquel comicio de Dubcek en la plaza Wenceslao debe ayudar a recorrer y a corregir un vasto pasado.

Naturalmente, un comicio no basta; ni tampoco cien o mil, aunque necesarias, manifestaciones de plaza. La historia podría preparar amargas sorpresas: una involución soviética que bloquee el proceso en curso en todo el Este, que nos parece irreversible, pero que, ya que nada es fatal e irreversible, podría trabarse. Un desencadenamiento de odios nacionales que podría hacer regresar a los países del Este a sanguinarias guerras fratricidas. Un colapso económico de los países liberados del bloque comunista e insertos en una lógica de mercado occidental antes de estar preparados, y devenir así en colonias económicas, lo que no está ciertamente en los proyectos de patriotas como Dubcek. Todavía ayer, en la plaza Wenceslao, Dubcek no proclamaba el fin del socialismo; más bien exaltaba el socialismo, aquel “de rostro humano”. Lo que está sucediendo en el Este, sobre todo en la URSS de Gorbachov (pero

también en la Polonia de Jaruzelski), es el intento por superar definitivamente la guerra fría y el enfrentamiento entre los dos bloques, renovando y cambiando desde el interior a los países socialistas, antes que simplemente capitular ante Occidente. Es imposible hacer previsiones; la catastrófica situación económica nos induciría a ser trágicamente pesimistas, aunque la voluntad, como decía Gramsci, debe siempre combatir contra el saludable pesimismo de la inteligencia.

Lo que ahora está, contradictoria y difícilmente intentando nacer, es una especie de tercera vía, la cual obviamente tenderá siempre más a acercarse a Occidente, y es deseable que pueda y sepa hacerlo progresivamente, aun con la debida paciencia, sabiendo que es necesario de vez en cuando esperar para poder después proceder con más seguridad. La tercera vía, de todo tipo y de toda forma, ha sido hasta ahora siempre perdedora, y burlada como tal. No está dicho que tal derrota y tal escarnio deban ser eternos. Dubcek enseña que no es verdad, no obstante los ingeniosos golpes de respuesta, que el poder derrote a quien no lo tiene.

